

EL APORTE FRANCO-HAITIANO AL CARNAVAL DE SANTIAGO DE CUBA. UNA REVISIÓN HISTÓRICA

Daniela Isabel Quintanar Pérez

Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México.

Resumo

A diversidade no Carnaval de Santiago de Cuba é resultado do processo de interconexão e transversalidade do Caribe. Assim, a presença do componente franco-haitiano é parte da história em comum que emerge nos carnavais, trazendo para o presente a dinâmica migratória na conformação da sociedade.

Palavras-chave: Carnaval de Santiago de Cuba, franco-haitiano, migração.

Resumen

La diversidad en el Carnaval de Santiago de Cuba es resultado del proceso de interconexión y transversalidad del Caribe. Así la presencia del componente franco-haitiano es parte de la historia en común que emerge en los carnavales y trae al presente la dinámica migratoria en la conformación de su sociedad.

Palabras claves: Carnaval de Santiago de Cuba, franco-haitiano, migración.

Abstract

The diversity in the Carnival of Santiago de Cuba is the result of the process of interconnection and transversality in the Caribbean. The presence of the franco-haitian component is part of the history in common in the region, and their migratory dynamics that emerges and vibrates at the carnival.

Keywords: Carnival of Santiago de Cuba` Carnival , franco-haitian, migration.

Introducción: Resistencia negra al compás del ritmo en el Carnaval de Santiago de Cuba

El carnaval de Santiago de Cuba tiene una larga tradición que se remonta al tiempo de la colonia. Inicialmente se conocieron con el nombre de fiestas de máscaras o de mamarrachos. Desde finales del siglo XVII ya había procesiones que recorrían las calles de los alrededores de la catedral para festejar el día de Santiago Apóstol, patrono de la villa. Estas fiestas se extendían a los días de San Juan (24 de junio), San Pedro (29 de junio), Santa Cristina (24 de julio), Santiago (25 de julio) y Santa Ana (26 de julio). Al término de la procesión se incorporaban los cabildos y grupos de parranderos que con sus instrumentos y sus cantos a la usanza africana, animaban la fiesta de mamarrachos. Los “negros franceses” tocaban sus tumbas en el mismo espacio en que lo hacían los cabildos de nación, cada uno con el sello propio, daba su toque al tumulto organizado como sucede hasta el sol de hoy.

A principios del siglo XIX, en Santiago se hablaba tanto español, creole como francés y este ensamble lingüístico se presentó en los recorridos de los carnavales recordando la renuencia de la esencia africana a desaparecer como resultado de las restricciones coloniales y el paso del tiempo. Al contrario, en todo el carnaval, el aporte africano es significativo, en todas las agrupaciones el tambor es esencial, las danzas, vestuarios y la plástica traen al presente elementos de la matriz que prevalece en la música popular cubana y fortalece la alegría de estar vivos, la vivencia de la libertad a través del cuerpo colectivo, trae a los espíritus de los ancestros para aconsejar a los vivos, se burla de la realidad y la transforma en una dimensión de sanación colectiva.

El revuelo revolucionario llevó a Santiago de Cuba una de las principales formas musicales y danzarias que muestran la complejidad de la interacción entre diversas culturas y grupos africanos con las normas impuestas por las metrópolis europeas. En el carnaval las diferencias se omiten, prevalece el cambio, el movimiento, el deleite, la competencia, la alegría de estar vivo a través de danzas, pantomimas e improvisaciones al compás del ritmo.

El principal objetivo de esta exposición es tejer la relación entre la migración de personas provenientes del actual territorio de Haití hacia el oriente de Cuba a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con su fuerte influencia en la música y danzas tradicionales de esta región. Para ello, reviso la primera ola migratoria que comenzó en 1791, cuando el revuelo de la Revolución Francesa empujó a miles de personas de diferentes orígenes y estatus social a habitar en los alrededores del oriente de Cuba, principalmente en Santiago, Holguín y Guantánamo.

Obertura: la fónica revolucionaria. Viajes sonoros de Saint Domingue a Santiago de Cuba

Santiago, soy hijo de la guerra: Santiago, ¿no ves que soy hijo de la guerra? Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*. México: Siglo XXI Editores, 2007, 62.

La institución de la esclavitud tuvo diversos matices en su historia y herencia en América y el Caribe. Uno de sus aportes más significativos y presente en la memoria colectiva se encuentra en la diversidad de ritmos musicales con raíz africana que remite a su sistema ontológico en resistencia.¹

Con los refugiados de la combustión bélica haitiana, penetró a esta región el auge cafetalero y con el impulso económico, el amplio crisol de cultura criolla que dio las bases para el desarrollo de la diversidad musical y danzaria en el oriente cubano. Los afrodescendientes, criollos y mulatos que migraron como propietarios o como esclavos por la inestabilidad política en Saint Domingue, como se llamó al actual territorio de Haití, imitaron los bailes cortesanos con sus tambores y cantos. Fuera de los salones de baile, la influencia franco haitiana se presentó en los cabildos de nación que salían a las calles a celebrar el día de reyes o a su santo, formas que se transformarían en las comparsas carnavalescas. La importancia de cabildos de nación del siglo XIX en Santiago de Cuba, entre los que encontramos el Cocoyé francés, remite a los espacios de ayuda mutua y permanencia cultural de origen africano en el periodo colonial. En la gama musical y danzaria de la actual Santiago de Cuba la herencia de la vida cotidiana de aquellos años es tangible.²

Numerosos estudios han analizado las condiciones internas y externas que propiciaron el levantamiento esclavo más trascendental para el destino de América y Europa a finales del siglo XVIII. Uno de los más importantes es el realizado por el trinitario C.L.R. James en 1938 (JAMES, 2010), en donde narra las atrocidades sufridas en la vida cotidiana de los esclavos de las plantaciones (principalmente de café y azúcar) de Saint Domingue y ofrece un minucioso análisis de los motores políticos y sociales del movimiento.

El autor, retrata la prosperidad con la que la isla se convirtió en la principal importadora de esclavos de Dahomey en el África Occidental y exportadora de melaza y café, al tiempo

1 Numerosos teóricos caribeños han propuesto que la resistencia de la cultura ha generado a su vez la cultura de resistencia en la diversidad antillana. Vid. Édouard Glissant, *El discurso Antillano*, La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2010.

2 Analizamos la valiosa documentación referente a la presencia de migrantes procedentes de Saint Domingue, atesorada en el Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, siéndonos de mucha utilidad los fondos del Gobierno Provincial, Gobierno Municipal de Santiago de Cuba sección colonia, los Protocolos Notariales, el Juzgado de Primera Instancia de Santiago de Cuba y las Actas Capitulares. Acompasamos estos datos con el panorama que nos brinda la literatura y los estudiosos de la tradición musical y dancística en Cuba para reflexionar sobre los aportes a la cultura cubana a través de las migraciones franco haitianas de la primera mitad del siglo XIX.

que creó las bases sociales y políticas para el estallido de la revolución esclava que culminó, a filo de machete, siendo la primera independencia de las colonias europeas en América.

La danza y la música negra que los amos reprimían representaba la rebeldía esclava por antonomasia pues gracias a su ejecución experimentaron la flexibilidad y libertad de sus cuerpos; con estos bailes y cantos se remitían, como en la actualidad, a una vivencia religiosa, elemento presente en diversas geografías en dónde existió la institución de la esclavitud. “El vodú fue el medio utilizado para la conspiración. A pesar de las prohibiciones, los esclavos recorrían largas distancias para cantar, bailar y practicar sus ritos, y para conversar” (JAMES, 2010, p. 63).

Así lo recupera Alejo Carpentier en *El reino de este mundo*, cuando ilustra el imaginario de uno de los plantacionistas afectados:

Los esclavos tenían, pues, una religión secreta que los alentaba y solidarizaba en sus rebeldías. A lo mejor, durante años y años, habían observado las prácticas de esa religión en sus mismas narices, hablándose con los tambores de calendas, sin que él lo sospechara. ¿Pero acaso una persona culta podía haberse preocupado por las salvajes creencias de gentes que adoraban una serpiente? (Carpentier, 2007, p. 58).

En las ciudades existió otro tipo de esclavitud en condiciones más óptimas que las de aquellos que vivían y morían en las plantaciones: capataces de cuadrillas, cocheros, cocineros, mayordomos, mucamas, enfermeras, mujeres de compañía³ y otros sirvientes domésticos.

[...] permeados de los vicios de sus amos y amas, estos sirvientes encumbrados, se sentían superiores y despreciaban a los esclavos en el campo. Vestidos por las sedas y brocados desechados por sus amos, daban fiestas en las que, como monos entrenados, bailaban el minué y la cuadrilla, y hacían reverencia a la manera de Versalles (James, 2010, 13).

El elemento articulador de los esclavos fue omitido en los posteriores planteamientos políticos de los “Jacobinos negros” que actuaron acorde al momento histórico y transformaron el destino del circuito cultural caribeño, de América y Europa. En este contexto la cultura criolla⁴ dio lugar al surgimiento de Toussaint Louverture como dirigente de este movimiento,

3 James hace referencia a que en 1789, de siete mil mulatas que había en Saint Domingue, cinco mil eran prostitutas o queridas de los hombres blancos pues proliferaban los burdeles privados y salones de baile.

4 En la acepción inicial que recogieron los diccionarios, la palabra <<criollo>> designaba al hijo de europeos nacido en cualquier parte del mundo que no fuera Europa, al hispanoamericano descendiente de padres españoles, a las cosas de Hispanoamérica; pero también se dijo criollo al negro nacido en América para diferenciarlo de sus padres africanos, a quienes se llamaba <<de nación>>. La palabra criollo tiene su origen en el vocablo crioulo, con que los negreros portugueses calificaban al negro nacido en el barracón y criado en la casa del señor esclavista [...] Uno de los orígenes de criollo fue, pues, <<cría>>, diminutivo paternalista, apelación de taimada familiaridad. Todavía se denomina criado al sirviente. González Reynaldo, *Contradanzas y latigazos* (Cuba: Editorial Letras Cubanas, 1983), 89.

hijo de un jefe tribal en África que gracias a las circunstancias y a su inteligencia sobresalió al resto de los esclavos hasta convertirse en líder militar de la revolución haitiana que, en un principio, logró amalgamar su realidad con las propuestas republicanas y emancipatorias burguesas de Europa.

Ya avanzada la guerra, los conflictos de clases y las reformas provocaron la migración de Saint Domingue hacia la Nueva Inglaterra pero también la alianza con la corona española de los revolucionarios dirigidos por Louverture dio lugar a la proliferación del corso republicano francés entre las islas de las Antillas Mayores, con bases de operaciones en las bahías de Baracoa y Santiago de Cuba.

Estos puertos del oriente de la Isla, se convertían en puntos intermediarios del comercio con Saint Domingue para el transbordo del café y el cacao, mientras se legitimaba el tráfico directo con los barcos neutrales de Norteamérica. La intensa actividad de armadores y corsarios repercutió en bienandanzas económicas en Santiago de Cuba.” (Portuondo, 1992).

Dado que Santiago había sido desplazado por la Habana como capital de la Isla y económicamente las clases altas se vieron afectadas, la migración de inversionistas naturales de Santo Domingo, pareció una excelente oportunidad al síndico procurador general del Cabildo santiaguero que en 1796 presentaba una propuesta, movida por el interés colonizador:

y que si algunas se venden valen las caballerías mil pesos cada una, y en esta ciudad están los montes yermos [...] que las familias que salen de la Ysla de Santo Domingo estan conduciendose todas a la ciudad de la Havana ciudad populosa, que aun no caben en ella sus propios habitantes, donde forzosamente ban a padecer dobles perjuicios así en su establecimiento avital como en el rural, a tiempo que esta ciudad carece de aumentar su población, y cultibo de los campos de que es forsoza consecuencia, que dichas familias les es mas profiquo su establecimiento en esta ciudad que no en aquellas, e igualmente a esta parte oriental que necesita por su situación frontera a las naciones extrañas necesita de crecido numero de habitantes para reparar cualquier acaso, por lo qual siendo asi mismo incuestionable, que las tierras en la Jurisdicción de la Havana están todas cultivadas os, y cuando se benden a lo mas que se aprecia una caballeria es a cien pesos [...] representación a su Magestad para que se digne a conceder la gracia de que la mayor parte de aquellos pobladores bengan a esta ciudad en donde gosen de bentajas que ban referidas [...] (Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba (AHPSC): Actas Capitulares, no. 15, de 1º de febrero de 1796).

La solicitud de este funcionario fue escuchada y durante ese periodo en Santiago se vivió un auge cafetalero propiciado en parte por la guerra civil entre mulatos y negros; la invasión de Loverture a la parte española de la isla de Santo Domingo y el exterminio de todos los descendientes de franceses decretado por Dessalines; estos eventos generaron una sucesiva ola de migraciones a las costas de Cuba principalmente soldados derrotados, comerciantes arruinados, funcionarios sin empleo, lumpen urbano, artesanos y centenares de administradores y dueños de plantaciones.

Hasta mediados de 1798, los residentes franceses de Santiago se dedicaban al comercio entre Norteamérica y Saint Domingue, con escala en Baracoa o Santiago. Hacían negocios con negros desde Saint Thomas o los compraban criollos y ladinos en las colonias francesas insubordinadas; también armaban los barcos corsarios. Ellos monopolizaron el tráfico de Santiago por este mar mediterráneo, pero su cordón umbilical siguió estando en la colonia francesa. La mayoría se instaló en la ciudad, entre otras razones, porque tenían esperanza de retornar a sus antiguos predios, sin embargo la situación se volvió más crítica y este anhelo se alejó de sus expectativas, muy pronto en abril de 1799 los franceses residentes en Jamaica fueron expulsados y pasaron a establecerse también en Santiago de Cuba.

La llegada del ejército napoleónico comandado por Leclerc y el engaño a Toussaint Louverture reavivó la guerra en Saint Domingue. Con el blandir de las guillotinas en Santo Domingo inició la desbandada general. Los colonos que pudieron alcanzar un barco de tránsito, pasaron a Nueva Orleans. Pero los que sólo disponían de goletas, la costa de Cuba siguió siendo el refugio más próximo y seguro. El gobernador santiaguero Sebastián Kinderlán recomendó vigilarlos, ofrecer hospitalidad y sacar partido de los colonos franceses allí instalados que poseían dinero y esclavos; solo tendrían que jurar lealtad a la Corona española y obtener el derecho de naturalización.

En 1803, Kinderlán había pretendido impedir la entrada de negros y esclavos libres, sin embargo fue imposible porque gran parte era propietario aunque también hubo esclavos. Tal es el caso de María Josefa Cacigal, morena libre natural de la Isla de Jamaica que en 1803 declara en su testamento estar casada con José Antonio de Zayas moreno libre y tener un hijo también moreno libre, como su padre, natural de Bayamo. Deja asentado que ninguno de los dos aportó nada al matrimonio pero que lograron adquirir una estancia de labor de yuca, dos yeguas, una cochina y 18 gallinas, que dicha estancia se ubicaba en tierras de D. Esteban Contreras y que parte de sus propiedades era una negra llamada Caridad. Que heredaron de María Zapata una casa en la cual habitaban y en donde al final construyeron otra casa de paja y una cocina en la cual vivía, sin estipendio alguno, Dolores Sierra, morena libre, en donde desea que ella permanezca alojada sin que nadie la incomode (AHPSC, Protocolos Notariales, Legajo 347, folio 217, 23 de agosto de 1803).

No todos los habitantes de Cuba recibieron con beneplácito la entrada y establecimiento de franceses a la Isla, sin embargo los plantadores blancos ya estaban cultivando café en la Sierra Maestra. Pronto convirtieron en campos bien cosechados los terrenos incultos que adquirieron a muy bajo precio. Vale la pena mencionar que una importante cantidad de mujeres se establecieron con beneplácito en esta región y se insertaron favorablemente en la dinámica económica santiaguera. Tenemos testimonios de algunas que fueron parte activa de las transacciones de la época:

de la ciudad de Santo Domingo de la Ysla antes Española y emigrada hacia esta, otorgo que vendo realmente con efecto desde ahora y para siempre a Trinidad Vetancourt morena libre de este vecindario y quien de otra y causa hubiere una negrita nombrada Maria del Carmen, criolla de la ciudad de Santo Domingo como de 25 años de edad [...] con solo el defecto de tener un clavo en el pie [...] por el precio y cantidad de quatrocientos pesos (Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, Protocolos Notariales, Real Hacienda, Legajo 350, 28 de marzo de 1804, folio 87).

Por las características montuosas del terreno y porque esta actividad no requería de una fuerte inversión, apenas mano de obra esclava con la que muchos colonos contaban, la mayoría dedicó sus esfuerzos a la cultura del café, a tal punto que desde el puerto de Santiago se cubría parte importante de la demanda de café y azúcar del mundo. El éxito de las plantaciones y el auge económico de estos colonos que vivían alejados de la ciudad benefició a la isla completa, reemplazando al devastado Haití que de ser una colonia próspera se convirtió en el escenario de muerte, traición y desolación que continuó expulsando a sus habitantes.

Con la cultura del café arribó a la isla de Cuba una serie de costumbres afrancesadas, de acuerdo a la usanza de los hacendados amantes de los lujos las plantaciones eran verdaderos centros de recreación burguesa, algunas señoras de educación fundaron escuelas de dibujo, de bordado y de francés.⁵ Así lo retrata Fernando Ortiz:

Pocos años después que los anglosajones, entraron a Cuba los franceses, expulsados de Haití, mudados de la Lusiana. Crean cafetales de más riqueza que los ingenios, crean comercios con su metrópoli; en nuestro Oriente crean un foco de cultura refinada que da envidias a La Habana. Pero un Obispo de Cuba predica su exterminio y expulsión [...]. Más ellos vuelven, pasados el vendaval napoleónico y la reacción absolutista, y reconstruyen arruinadas las haciendas, hacen nuevos ingenios, fundan ciudades en bahías desiertas y nos traen la Marsellesa, el romanticismo, las elegantes modas y las exquisiteces de la cultura de Francia. Todo lo que en Cuba brillaba por culto o por bello quería ser francés (ORTIZ, 1940, p.18)

Algunos de los refugiados se establecieron en el *Tívoli* barrio francés de Santiago de Cuba que en ese tiempo se llamaba Loma Hueca y se ubicaba en las orillas de la ciudad, en donde se reprodujo gran parte de la vida cortesana de la metrópoli, la cual, negros y mulatos imitaron a través de las modas, actividades, danzas que se bailaban en salones europeos y que a partir de entonces se incorporan a los salones de la clase popular cubana.

En la vida de las poblaciones urbanas fue cobrando cada vez mayor importancia el baile, entre las danzas que se ejecutaban estuvieron la contradanza, el minuet, el rigodón, los lanceros, las cuadrillas, las polcas, las cracovianas y los valeses. En estas danzas alegres y ligeras, se realizaban distintas figuras y entrelazamiento de parejas y trataban de imitar en sus ademanes el refinamiento de las cortes burguesas de Europa. Con la afluencia de los

5 La influencia y contribución de las mujeres con costumbres francesas en las mujeres de Santiago de Cuba es analizado por María Cristina Hierrezuelo, *Las olvidadas hijas de Eva* (Santiago de Cuba: Ediciones Santiago, 2006)

bailes aumentó la cantidad de instrumentos europeos en las orquestas típicas cubanas tales como el clarinete, la flauta, el violín, el fígle, el trombón, el arpa que se ensamblaron con dos timbales (pailas) y el güiro. Una importante cantidad de ejecutantes era afrodescendiente con la misma sensibilidad de aquel que tocaba el tambor y hacía vibrar a sus compañeros en las plantaciones. Según el escritor cubano León Argeliers:

La contradanza fue la pieza de cuadro que más arraigó en nuestra población, tanto que a mediados del siglo XIX se distinguían ya ciertas contradanzas que se decían criollas, lo mismo que otros bailes que se enseñaban en las academias de baile. Junto a las academias existieron, entre el pueblo humilde, las casas de baile, o bailes de cuna, o cunas simplemente, donde los jóvenes de alta sociedad iban a codearse con la clase de las mulatas, lo mismo en los changüi, descritos al comienzo de los ochocientos como “bailecillo y reunión de gentualla al estilo de cuna (LEÓN, 1984,p.18).

Estos bailes de cuna fueron el vehículo de transculturación⁶ que se regó por toda la isla a ritmo y cadencia de los mulatos. En la más representativa novela costumbrista decimonónica, *Cecilia Valdes*, Cirilo Villaverde hace referencia a los bailes de cuna en repetidas ocasiones para mostrar su impronta en la vida cotidiana. Para Fernando Ortiz la contradanza inició un proceso en el cual:

Del retozo de las musas negras con las musas blancas han ido surgiendo danzas amulatadas, ricas en expresión, como la habanera, el danzón, la rumba, el son, la conga, el mambo, el chachachá, que todas, como en su momento aquel ritmo de origen normando llevado a las cortes de Londres y afrancesado antes de su acriollamiento, han experimentado el mismo fenómeno de metástasis: un tiempo son rechazadas como indecorosas [...] pero se van adecentando y revistiendo un tanto para lograr un ajuste social ventajoso, y las gentes cautelosas van transigiendo otro tanto para poder gustar las sabrosuras del fruto prohibido (ORTIZ, 1965, p.XIII,XIV).

Sublevación sincopada, los cabildos francohaitianos en Santiago de Cuba

Los cabildos de nación en Cuba son casi tan viejos como la instauración del sistema colonial en la isla. Estas organizaciones o sociedades de los grupos étnicos africanos “tenían la finalidad de ayuda mutua, de prácticas de culto religioso, de ejercicio de manifestaciones

6 Para Fernando Ortiz el proceso de transculturación se entiende como la emergencia de una nueva realidad que no es la aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, si no un fenómeno nuevo, original e independiente. Este término no contiene la implicación de una cierta cultura sobre la que debe tender la otra si no un transición entre dos o más culturas activas y cooperantes con sendos aportes al advenimiento de una nueva civilización, “en Cuba (...)como en pueblo alguno de América, su historia es una intensísima, complejísima e incesante transculturación de varias masas humanas, todas ellas en pasos de transición. El concepto de transculturación es cardinal y elementalmente indispensable para comprender la historia de Cuba y, por análogas razones, la de toda la América en general”, *vid.*, Malinowski, Branislaw, “Introducción” en Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (La Habana: Consejo Nacional de Cultural, 1963), XII.

culturales y (...) la voluntad de conservar una identidad en suelo ajeno” (GUERRA, 2000, p. 83). En ese sentido la negociación de sus miembros con las autoridades españolas fue una estrategia que permitió la vivencia de prácticas espirituales propias de la matriz africana⁷ y la emergencia de mecanismos de resistencia ante el sistema esclavista, que en Cuba se radicalizó en los últimos años del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX.⁸

La posibilidad de mantener aspectos de la experiencia religiosa africana en el contexto de la instrucción católica⁹ fue aprovechada por los miembros de los cabildos. Así definen a estas sociedades en 1865 los miembros del cabildo carabalí en la demanda que interpusieron a Federico Oset, su administrador, para que rindiera cuentas sobre los fondos de dicho cabildo:

Tales cabildos han tenido por objeto no solamente proporcionar (...) esparcimiento y honesto divertimento a esa clase excepcional de la sociedad, si no (...) medios para socorrerse y ampararse en muchas de sus más graves necesidades. Además la institución de los cabildos africanos entraña las mismas citadas garantías de orden público, poder que sus individuos entregados periódicamente a sus inocentes (...) inofensivas y útiles fiestas religiosas y civiles se entusiasman, creciendo con ello su fe y culto en la religión de Jesucristo. Su amor y respeto por el gobierno, cuyas formas procuran imitar y se olvidan de su miseria, condición y trabajo cotidiano (Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, (AHPSC), Fondo: Juzgado de Primera Instancia, Cabildos, Legajo 127, No. 7, 20 de mayo de 1865).

Es difícil calcular el número de cabildos que existieron en toda la Isla. Se estima que las ciudades más nutridas por esta institución fueron Matanzas, La Habana y Santiago de Cuba, lugares donde estuvo la mayor concentración poblacional de negros y negras libres. Recientemente se han efectuado investigaciones sobre la existencia de estos en Bayamo, Trinidad, Remedios, Puerto Príncipe, Cienfuegos y Sagua la Grande, lo que demuestra que sí hubo una organización en la población libre de color a en la isla de Cuba.

En Santiago de Cuba encontramos los cabildos pertenecientes a las naciones arará, gangá, viví, lucumí, mina, mandinga, brich, brucamo, cacanda, y una congregación de negros de nación carabalí isuama, el ososo-olugo, el yonance y el oritam, ninguno de estos logró la fuerza en la organización y representatividad que tenía la congregación de los congos.¹⁰ Los

7 “La base politeísta de su cultura permite a los africanos una mayor tolerancia para con los dioses extraños.” Janheinz Jahn, *Las culturas neoafricanas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1963), 331.

8 En 1792 se contaron en los censos 133, 553 blancos, 55, 930 libres de color, 84, 456 esclavos. Para 1862 la cantidad de blancos era de 79, 348, los libres de color 232, 433, los esclavos 370, 553. Vid., Diego Bosh Ferrer y José Sánchez Guerra, *Rebeldía y apalencamiento. Jurisdicciones de Guantánamo y Baracoa* (Santiago de Cuba: Centro Provincial de Patrocinio Cultural, 2003), 20.

9 Según el artículo 3º del Bando de Buen Gobierno del Exmo Sr. Conde de Santa Clara, publicado el 28 de enero de 1799, los que comprasen negros bozales tenían la obligación de instruirlos en los principios de la religión católica y “si no los proporcionasen dentro de dos años para recibir el sacramento del Bautismo [...] se les obligará a venderlos y se exigirán seis ducados de multa [...]”, citado por Oilda Hevia Larnier, 1996, p. 114.

10 Las referencias a las “naciones” son las establecidas por las autoridades coloniales. Rómulo Lachantañeré ha realizado una investigación profunda acerca de la diversidad étnica y lingüística de origen africano en Cuba.

cabildos se ubicaban unos cerca de otros en los límites de la ciudad.¹¹ Aún hoy día quedan vestigios de estas instituciones en la sociedad santiaguera con los cabildos carabalí lugo y carabalí isuama.

Los cabildos arará, carabalí y congo son los más antiguos. Los inicios de su existencia pueden datarse en la primera y segunda mitad del siglo XVII, aunque la historiadora Olga Portuondo refiere que la antigüedad de los cabildos en Santiago de Cuba se remonta a la medianía del siglo XVIII. Otros documentos nos han permitido saber que la fecha más antigua corresponde a 1616 para el cabildo congo, 1659 para el carabalí y 1697 para el arara.

Dos cabildos de singulares características se fundaron en Santiago de Cuba. El primero de ellos, el Tivolí, se constituyó en 1796, siendo del criterio que fue el primero que quedó instituido por negros y mulatos libres procedentes de Saint Domingue. El segundo fue el cocoyé francés, fundado por María de la O¹² en 1856 –aunque hay referencias documentales a partir de 1862- y con rasgos atípicos, pues estaba integrado por criollos y negros libres provenientes también de la isla vecina. Estos últimos respondían a diferentes etnias, como congos, viví, carabalí, brúcamo, gangá y criollos cubanos. Fue reconocido legalmente diez años y fue cerrado en 1878 por las autoridades policiales por no reunir los requisitos propios de un cabildo, donde todos los integrantes tenían que pertenecer a una misma nación.

Considerando que el del Cocoye francés no corresponde a una esfera y que fue establecido como mera sociedad entre sus congregados sin reunir ninguna de las condiciones que deben existir en los verdaderos cabildos de africanos en la forma en la que lo determina la disposición del gobierno General. Tengo en resolver que quede disuelto el ya referido cocoye francés haciéndosele saber así a los tres capataces que se hallan a su frente para su exacto cumplimiento (AHPSC, Fondo Gobierno Provincial, Materia: Sociedades de Cabildo, legajo: 2383, exp. 2, año 1878).

La memoria colectiva ha conservado en Santiago de Cuba los nombres del cabildo Cocoye, el Club Juan de Góngora (reconocido cabildo de oriundez conga), la Sociedad el Tibere, el Cabildo Santa Bárbara, el Cabildo San Salvador de Orta — tras del cual se mencionaba el Cabildo Vivi —, la Sociedad Nuestra Señora del Carmen — actual Cabildo Carabalí Olugo — y la Sociedad Carabalí Izuama.

11 El artículo 39 del Bando de Buen Gobierno y Policía expresaba “Atendiendo que algunos cabildos se hallan en calles habitadas de vecinos honrados que justamente reclaman la incomodidad que causan con el bronco y desagradable sonido de sus instrumentos [...] mando que dentro de un año a partir de este día, todos los citados cabildos se pasen a las orillas de la Ciudad [...] Publicado en la ciudad de Santiago de Cuba el 28 de enero de 1799. citado por Oilda Hevia Larnier, 1996, p. 114.

12 En los registros de libertad de el año 1842 encontramos que María de la O pago 350 pesos por su manumisión al Marqués de las Delicias D. Hilario Portuondo. AHPSC, Protocolos Notariales, Real Hacienda, Legajo 35, folio 35, 21 de febrero de 1842.

A compás de la resistencia. La Tumba francesa

Pérez de la Riva (1979, p. 17) calcula que entre 1795 y 1805 más de 30,000 personas de Saint Domingue se ubicaron en Oriente. Aproximadamente, 20,000 eran negros, muchos de ellos esclavos domésticos y trabajadores agrícolas.

Establecidos construyeron un tipo de fiesta que se conoció por tumbas francesas y después se articularon como Sociedades de tumba francesa, es decir, agrupaciones de recreo, protección y ayuda mutua. Tumba francesa, cocoyé –especie de marcha carnavalesca que prevalece en las fiestas de julio- y la tajona –tambores y baile de tajona que se utilizan también en el carnaval- son tres de los géneros principales que nacen durante este periodo de los que aún se conservan en Santiago de Cuba y otras provincias orientales.

Sus cantos y bailes se acompañaban con los tambores llamados por extensión tumbas, una de mayor tamaño (tambor premiere), dos bulá, y un xilófonónico cilíndrico, en posición horizontal sobre un caballete llamado katá. Estos tambores son una versión simplificada en la forma de los tambores dahomeyanos de donde proceden, pero tienen el mismo principio acústico.

La sociedad de tumba francesa tiene una jerarquía que imita a la aristocracia francesa: Rey o presidente que representa la sociedad, Reina o presidenta que orienta al vocal para que cite a los miembros de la Sociedad cuando el presidente llama, Secretario que organiza el trabajo, vocal que sirve de enlace entre los miembros. También encontramos la jerarquía del mayor o la mayora de la plaza que dirige y escoge los bailes y los cambios de pasos y decide cuáles bailarines interpretan la música y mantienen una sensación de realeza a través de reverencias o tradiciones similares; el composé es el guía y canta en creole o en español y como sugiere su nombre, él compone e improvisa canciones. El coro está usualmente compuesto de mujeres y hay una reina cantadora. El pasaje puede estar cantado en español, en creole y bien puede tener ligados vocablos de ambas lenguas para transmitir el mensaje de su canto. Los textos tienen diversos orígenes y matices: los hay humorísticos, patrióticos, rememoradores de hazañas épicas y de grandes hombres, de santos, entre otros, casi todos con intenciones políticas, mordaces y algunas sentimentales.

Este cantante da inicio a todos los bailes y organiza y dirige el coro, formado por las tumberas, las que empuñando un chachás (marugas o maracas de metal) recorren la sala de un lado a otro, cuando el baile lo requiere. El canto es un elemento cohesivo. Dentro de las jerarquías de la Sociedad, el composé es una de las altas jerarquías, es elegido por la destreza que tenga para improvisar y por su buena voz. Este es el líder de los cantadores, una especie de compositor – cantor.

Los estilos principales de la tumba francesa son masón, el yubá y el frenté. Cada uno

tiene su propio baile. El masón se baila en parejas y varias opiniones coinciden con que está basado en la contradanza de la plantocracia francesa, sin embargo existen géneros haitianos nombrados mazon y djouba o djounba presentes en esta manifestación. Al canto de la alabanza del masón, el grupo de mujeres lo segunda repitiendo el estribillo, el compositor avisa para que comience la música. Los bailarines se aparejan y realizan diversas evoluciones, como paseos en fila que se cierran, ruedas al centro, cadenas en espiral, cambios que se producen a la señal de un silbato.

El yubá es el baile principal y más antiguo de la tumba francesa, se baila en pareja o individualmente mientras los demás hacen un círculo alrededor para cantar y bailar. Cuando el mayor o la mayora lo indica, se detienen dando lugar al siguiente momento conocido como frenté, bailado por un hombre frente al tambor en una especie de controversia entre ambos. A estos tres tipos de bailes se añade la popular tajona. Los miembros de la tumba aún visten a imitación de la sociedad francesa del siglo XIX, con amplios cuellos y puños de encaje, faldas ribeteadas con tiras bordadas y almidonadas.

Las sociedades tuvieron dos momentos adversos: la quiebra de los cafetales después de 1848 y durante la guerra de los Diez Años, sobre todo en la zona de Guantánamo donde la táctica de la “tea incendiaria” se convirtió en la nueva concepción de la guerra a partir de 1871. Personajes insurgentes como Antonio Maceo, Guillermón Moncada y Quintín Bandera pertenecieron a sociedades de tumba francesa (MILLET, BREA, 1989, p. 33)

Cuando la esclavitud fue abolida en Cuba en 1886 en las sociedades de tumba francesa tuvieron que adoptar elementos religiosos católicos bajo la Ley de Asociaciones. Las sociedades de tumba francesa fueron inscritas con nombres de santos católicos, como se hacía con todos los cabildos. Tras las hostilidades de los cambios políticos, dos sociedades de tumba francesa atravesaron el umbral de 1959 manteniendo elementos y valores heredados de sus antepasados: la Santa Catalina de Riccis (La Pompadú), de Guantánamo, y La Caridad, de Santiago de Cuba.

A manera de conclusión

En los carnavales de Oriente las huellas¹³ de la historia caribeña reviven las particularidades de su memoria. Diversas tradiciones de matriz africana convocan a la población a arrollar como un solo cuerpo y el territorio recuerda el retumbar del sonido de tambores ya ancestrales que fertiliza el espacio liminal entre la libertad y la contención, la

13 La huella es el camino, igual que la rebelión a la intimación, el júbilo al garrote. Esos africanos de la trata que iba a las Américas llevaron consigo, allende las Aguas Inmensas, la huella de sus dioses, de sus hábitos, de sus lenguas. Enfrentados al desorden implacable del colono, fueron de condición tal, trenzada con los sufrimientos que padecieron, que supieron fecundar esas huellas, creando –más que unas síntesis unas resultantes que dejan sorprendido(GLISSANT, 2006, p. 23)

unidad y la distinción, que da lugar a jerarquías paralelas y recrea la visión de la sociedad de personas de color en cara al poder blanco del periodo colonial.

REFERÊNCIAS

CARPENTIER Alejo. *El reino de este mundo*. México: Siglo XXI Editores, 2007.

GLISSANT Édouard, *Tratado del todo-mundo*, España. Ediciones el Cobre, 2006.

GLISSANT Édouard. *El discurso Antillano*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2010.

GONZÁLEZ, Reynaldo. *Contradanzas y latigazos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1983.

GUERRA Ramiro, *Calibán danzante*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2000.

HEVIA LARNIER Oilda, *El directorio central de las sociedades negras de Cuba (1886-1874)*. La Habana: Ed. Ciencias Sociales, 1996.

JANHEINZ, Jahn. *Las culturas neoafricanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

JAMES, C. L. Robert. *Los jacobinos negros. Toussaint L'ouverture y la revolución de Saint-Domingue*, La Habana: Casa de las Américas, 2010.

LEÓN, Argeliers. *Del Canto y el tiempo*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1984.

ORTIZ, Fernando. *Africanía de la música folklórica de Cuba*. La Habana: Editora Universitaria, 1965.

ORTIZ, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Consejo Nacional de Cultural, 1963.

ORTIZ, Fernando. Los factores humanos de la cubanidad, *Revista Bimestre Cubana*, vol. V, XLV, no. 2, 1940: 161-86.

ORTIZ, Fernando. *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981.

PÉREZ DE LA RIVA, Juan. Cuba y la migración antillana 1900-1931. In: Anuario de Estudios Cubanos, No. 2, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1979.

PORTUONDO ZÚÑIGA, Olga. *Santiago de Cuba. Los colonos franceses y el fomento cafetalero, (1798-1809)*. Editorial Oriente: Santiago de Cuba, 1992.

MERIÑO FUENTES, María de los Ángeles, PERERA DÍAZ, Aisnara.

Familias, agregados y esclavos. Los padrones de vecinos de Santiago de Cuba (1778-1861), Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2011.

Tamames Elisa, “Antecedentes sociológicos de las tumbas francesas”, en *Actas del folklore*, La Habana: Fundación Fernando Ortíz, 2005.

VILLAVARDE Cirilo. *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2011.

MATERIAL DOCUMENTAL

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba (AHPSC): Actas Capitulares, no. 15, de 1º de febrero de 1796.

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, (AHPSC), Fondo: Juzgado de Primera Instancia, Cabildos, Legajo 127, No. 7, 20 de mayo de 1865.

Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, Fondo Gobierno Provincial, Materia: Sociedades de Cabildo, legajo: 2383, exp. 2, año 1878.